

---

JOSEFINA R. ALDECOA

*La fuerza del destino*

Barcelona, Anagrama, 1997, 223 p.

**J**osefina R. Aldecoa retomó su carrera literaria —interrumpida durante veinte años— con la publicación de un libro de semblanzas de diez narradores de la generación de los cincuenta, *Los niños de la guerra* (1983). A partir de esta fecha ha desarrollado una intensa carrera como novelista con la publicación de varias novelas: *La enredadera* (1984), *Porque éramos jóvenes* (1986), *El vergel* (1988), *Historia de una maestra* (1990) y *Mujeres de negro* (1994).

Sin embargo, no hay que olvidar que la autora fue testigo directo del nacimiento de la revista *España*, en la que participaron Eugenio de Nora y Victoriano Crémer. Posteriormente, entraría en contacto con el grupo madrileño de los escritores del medio siglo —recordemos que estuvo casada con Ignacio Aldecoa—, y colaboró en *Revista Española*. Fruto de estos inicios de su carrera literaria fue la publicación de *A ninguna parte* (1961), que recopilaba varios cuentos de la autora. A pesar de seguir una trayectoria diferente a la de sus compañeros de generación, estos inicios han influido decisivamente en su formación vital y literaria.

*La fuerza del destino* concluye la trilogía iniciada con *Historia de una maestra* (1990) y continuada con *Mujeres de negro* (1994). Estas tres novelas —relacionadas de forma explícita por la continuidad cronológica entre ellas— forman una unidad argumental y temática sólidamente basada en el personaje de Gabriela y su hija Juana, y en los hechos históricos que enlazan directamente con sus vidas.

La estructura externa de esta novela es otro elemento que incide en la unidad de la trilogía porque aparece articulada en tres partes —“El plazo”, “La esperanza” y “El silencio”— como en las otras dos novelas anteriores. “El plazo” comienza con una fecha no sólo decisiva en la historia de España —el 20 de noviembre de 1975, año de la muerte de Franco— sino también en la vida de

Gabriela, la protagonista. Esta fecha marca el plazo que ella misma estableció para regresar a España. Su regreso, a los setenta y un años de edad, cierra un período de exilio voluntario en México durante 33 años. Pero se abre un período nuevo, con la transición española como telón de fondo, carente ya de esperanzas para la protagonista, pues, día a día, percibe su progresiva degeneración física y su incapacidad para proyectar (“La esperanza”). Recordar, esa actividad silenciosa de Gabriela, se convierte en el preludio del silencio total: la muerte (“El silencio”).

Gabriela se erige de nuevo en narradora —en *Mujeres de negro* esta función le correspondía a Juana— para ir enhebrando sus recuerdos, porque la memoria se ha adueñado de su existencia solitaria y carente de futuro. Reflexionar y divagar son las dos únicas ocupaciones de la protagonista: “Reflexiono y divago, mis dos ocupaciones favoritas. Las dos se desarrollan en silencio y en soledad” (p. 179).

Presente y pasado, los dos tiempos que conforman la narración, se entrelazan en los largos monólogos de Gabriela. Por una parte, el presente muestra el progresivo deterioro físico y el cansancio existencial que siente Gabriela desde su regreso a España. Un presente sometido a los rigores de la vejez y la soledad, e inundado de recuerdos. Por otra parte, el pasado irrumpe de forma inexorable para evidenciar los episodios vivenciales que han forjado el carácter de la protagonista y ahondar en su complejidad psicológica. Además, la rememoración del pasado actúa como elemento estructurador de toda la trilogía porque recupera episodios ya aparecidos en las anteriores novelas. Así, por ejemplo, se retoman ciertos episodios de su experiencia en Guinea, de su vida con Ezequiel, su relación amorosa con Octavio, y la importancia de la figura paterna.

Josefina R. Aldecoa ha construido el personaje de Gabriela con una gran solidez, y su complejidad es el resultado de su progresiva elaboración a través de las tres novelas que componen la trilogía. De esta forma, *La fuerza del destino* completa la caracterización de aquella mujer fuertemente condicionada por su profesión de maestra y por la defensa del proyecto educativo de la Segunda República (*Historia de una maestra*), y revisa, a través de la narración en primera persona de Gabriela, el retrato austero y triste que de ella había trazado su propia hija (*Mujeres de negro*):

La verdadera Gabriela es la de México, Juana, debería decirle a mi hija, que siempre me ha tenido por austera, sacrificada, dura. Juana, no me conoces. [...] Y sin embargo yo, íntimamente, siempre he querido ser exagerada, excéntrica, excesiva. [...] Tienes razón, pero yo luché entre las dos Gabrielas que hay en mí, la que tú crees que soy y la que yo, en el fondo, quiero ser y he sido a veces (pp. 104-105).

*La fuerza del destino* incide en la relación entre madre (Gabriela) e hija (Juana) desarrollada en la trilogía. La introspección personal de Gabriela refleja la pasión y el amor que siente por su hija. Además, estos dos personajes femeninos también se configuran a través de sus respectivas experiencias vitales, de la distinta manera de enfrentarse al destino —motivo recurrente en la novela, como explicita el título— no sólo individual sino también colectivo:

... Juana va construyendo su destino, enérgica y decidida. Como ella es. El destino depende de uno mismo, de la manera de ser y también de las circunstancias, desde luego. Pero sobre todo de uno mismo. [...] Parece casual pero es el resultado de un plan, de un programa inconsciente en parte y en parte elaborado. Por eso, nadie escapa a su destino, porque nadie escapa a su carácter ... (p. 102)

La agudeza creativa de la autora ha logrado llevar a la plenitud el personaje de Gabriela. La mirada peculiar de este personaje ha convertido su peripecia vital en una experiencia que trasciende la propia biografía personal. Gabriela narra desde una doble perspectiva, como mujer y como exiliada. Y esta última condición la lleva a cuestionarse su identidad: “Con la inseguridad del exiliado me pregunto con frecuencia: ¿Dónde está el núcleo de mi vida? [...] He regresado a un país irreal. ¿Por qué he vuelto? Ni una sola de las experiencias que viví tiene que ver con lo que ahora vivo” (p. 113)

*La fuerza del destino* es el viaje final de una vida —la recapitulación del pasado personal de la protagonista—, pero también el último viaje de una exiliada —el regreso, y la lucha contra olvido—. Y, sobre todo, es la indagación sobre las inextricables relaciones entre el destino personal y el destino colectivo. Y Josefina R. Aldecoa consigue llevar a buen término esta empresa narrativa con la creación de un personaje femenino complejo e inolvidable para el lector, una buena estructuración de la novela y un estilo nítido y cuidado. Demuestra una vez más su magnífica calidad como escritora, y la urgente necesidad de tener en cuenta su labor creativa en el panorama literario español.

DIVINA MONTOLÍO GARCÍA